

DIEZ AÑOS
DE
HISPANOAMERICANISMO

Discursos pronunciados el día 12 de octubre de 1956,
Fiesta de la Hispanidad.



MADRID
EDICIONES CULTURA HISPANICA
1957

DIEZ AÑOS
DE
HISPANOAMERICANISMO

Discursos pronunciados el día 12 de octubre de 1956,
Fiesta de la Hispanidad.



MADRID
EDICIONES CULTURA HISPANICA
1957

PROLOGO

***E**L ideal de la Hispanidad ha dejado de ser ya exclusivo de una minoría combatida o mirada con reservas, para pasar a convertirse en una creencia compartida por hombres de todos los sectores sociales y todas las ideas políticas, que aman la lengua castellana y creen en un mismo Dios.*

El pasado 12 de octubre fué celebrado el Día de la Hispanidad en todas las capitales de América, en todas las ciudades de España y recordado en todas las capitales del mundo. Por unas horas los hombres de la comunidad hispánica dedicaron un reverente recuerdo a la obra del descubrimiento llevada a cabo por el genio navegante de Colón y los Pinzones y la visión política de los Reyes Católicos, e hicieron examen de conciencia del modo en que iban cumpliendo su destino, el que les fué impuesto por el nacimiento del Nuevo Mundo.

En Madrid el Día de la Hispanidad fué conmemorado con un Te-déum oficiado en el Colegio Mayor Hispanoamericano Nuestra Señora de Guadalupe. El Ministro de Asuntos Exteriores ofreció, en el Palacio de Santa Cruz, un almuerzo en honor de las Misiones diplomáticas americanas en España, y por la tarde, en la sede del Instituto de Cultura Hispánica, tuvo lugar un solemne acto académico,

presidido por S. E. el Jefe del Estado, en el que intervinieron el Director del Instituto, D. Alfredo Sánchez-Bella; el Ministro de Educación y Cultura del Brasil, Sr. Clovis Salgado; el Ministro de Relaciones Exteriores de Venezuela, Sr. Loreto Arizmendi, y el Ministro de Asuntos Exteriores de España, D. Alberto Martín Artajo. Durante el acto se hizo entrega de los nuevos nombramientos de Miembros de Honor y Titulares del Instituto de Cultura Hispánica a varias personalidades españolas e hispanoamericanas. Por la noche, en función de gala, en honor del Cuerpo Diplomático hispanoamericano y de los profesores y universitarios de las naciones hermanas, se representó en el Teatro Español la tragedia Tiestes, de Séneca, en versión de José María Pemán.

En todas las capitales americanas, en las principales ciudades españolas y en los lugares donde España tiene establecida la sede de sus representaciones diplomáticas en todo el mundo, se celebraron solemnes actos religiosos en acción de gracias por el descubrimiento del Nuevo Mundo. En Buenos Aires, el Tedéum, oficiado en la catedral, fué presidido por el Ministro de Relaciones Exteriores y Cultos, Dr. Podestá Costa, y el Embajador de España; en Santiago de Chile, el Tedéum fué oficiado por el Cardenal Monseñor José María Caro Rodríguez, y en Quito, por el Cardenal Monseñor Carlos María de la Torre.

Los Cuerpos Legislativos del Ecuador y Méjico celebraron sesión extraordinaria para conmemorar la fecha del descubrimiento, exaltando la obra civilizadora de España.

En Asunción, el Día de la Hispanidad coincidió con la clausura del Año de Irala, culminando los numerosísimos actos conmemorativos que han tenido lugar en Paraguay para exaltar la obra del genial conquistador y colonizador español. El Ministro de Relaciones Exteriores pronunció un discurso elogiando la obra de España en América.

En Bahía quedó constituido el Instituto de Cultura Hispánica, siendo sancionado por una ley del Estado de Natal, que lo declara de utilidad pública. En Ciudad Trujillo, el Presidente de la República Dominicana, Héctor Trujillo Molina, anunció la designación de una Misión que llevará a cabo investigaciones históricas en los Archivos de Sevilla y Simancas, como contribución a un mayor conocimiento de la gigantesca obra cultural desarrollada por España en el Nuevo Mundo.

Fueron numerosísimos los actos organizados por las distintas Asociaciones españolas en América, los Institutos de Cultura Hispánica, Caballeros de Colón y Entidades culturales iberoamericanas, colocándose ofrendas al pie de las estatuas a Cristóbal Colón e Isabel la Católica, o pronunciándose conferencias y recitales poéticos. En Río de Janeiro, el Instituto Brasileño de Cultura Hispánica celebró una solemne sesión académica, a cargo de D. Gustavo Barroso, Director del Museo de Historia; en Tegucigalpa hubo una sesión literaria en el paraninfo de la Universidad; en Quito, una conferencia, en la sede del Instituto Ecuatoriano de Cultura Hispánica, a cargo del Reverendo P. Espinosa Polit, Rector de la Universidad Católica; en San Salvador, un acto cultural en la Universidad y otros en el Seminario y la Escuela de España.

En Barcelona, el Rector de la Universidad de Guatemala, D. Carlos Martínez Durán, pronunció una conferencia, y en Málaga, el escritor nicaragüense D. Eduardo Zepeda Henríquez habló sobre el "Contenido espiritual de la Hispanidad". Diversos actos culturales tuvieron lugar, asimismo, en Valencia, Bilbao, Pontevedra, La Coruña y Las Palmas, donde habló el Embajador norteamericano en España, Sr. John Davis Lodge.

Los jefes de las Misiones diplomáticas de España en todo el mundo ofrecieron recepciones, a las que fueron especialmente invitados los representantes de los países iberoamericanos y las autoridades de

las naciones respectivas. Tuvieron especial relieve la recepción ofrecida por el Embajador de España en Dinamarca, que contó con la asistencia del Presidente de la República de Costa Rica, D. José Figueres, y el Rector de la Universidad de San José, que se encontraban aquel día en Copenhague, en su viaje oficial por diversos países europeos. El Presidente de Costa Rica hizo uso de la palabra, expresándose en términos de gran afecto para España y la visión política de los Reyes Católicos. Las recepciones que tuvieron lugar en Buenos Aires, Río de Janeiro, Bogotá, la Habana, Wáshington, Londres, Viena, Lisboa, Lima y Santiago de Chile alcanzaron un singular relieve y contaron con la presencia de las más destacadas personalidades de la cultura, la sociedad y la prensa en los países respectivos.

En Nueva York, D. José Félix de Lequerica, Jefe de la Delegación española en la Organización de las Naciones Unidas, ofreció un banquete a todas las Delegaciones hispanoamericanas, y en Wáshington, el Embajador de España en Norteamérica presidió un almuerzo ofrecido por la Cámara de Comercio Hispanonorteamericana de Nueva York.

Los principales diarios iberoamericanos dedicaron sus editoriales el día 12 de octubre a analizar el significado de la fecha y a exaltar la obra de España y la unidad espiritual del mundo hispánico.

El Presidente de la República de Venezuela, General Marcos Pérez Jiménez, inauguró la exposición flotante del Ciudad de Toledo en el puerto de La Guaira, con asistencia del Embajador de España, Ministros de su Gobierno y Cuerpo Diplomático iberoamericano.

Con razón podía decir el Ministro español de Asuntos Exteriores, D. Alberto Martín Artajo, que «nunca había sido nuestra fiesta tan familiar y tan completa». Con razón el Ministro venezolano de Relaciones Exteriores, D. José Loreto Arizmendi, podía decir que la

idea de la hispanidad no es un oportunismo político de la hora presente, sino una realidad constante de nuestra historia común, la familia de naciones hispánicas celebraba su día, su aniversario, recordando el largo camino realizado desde aquel 12 de octubre de 1492 y mirando esperanzada a la ruta que señala su destino histórico como factor de paz.

12 DE OCTUBRE DE 1956

Acto celebrado en el Instituto de
Cultura Hispánica bajo la Presidencia
de S. E. el Jefe del Estado y Genera-
lísimo de los Ejércitos, D. Francisco
Franco Bahamonde.

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL
EXCMO. SR. D. ALFREDO SANCHEZ BELLA,
DIRECTOR DEL INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA

SUELE haber, en la historia de los hombres, actos sencillos que en el transcurso del tiempo llegan a adquirir rango histórico. Ahora hace diez años, en la cámara del Rey Felipe II en el Real Monasterio de El Escorial, ochenta y dos hombres de estudio de toda Hispanoamérica, «unánimemente concordes en la estimación general del estado del mundo» —según reza el acta fundacional—, iniciaban una nueva época en la historia del hispanoamericanismo creando una nueva época y una nueva institución: el Instituto Iberoamericano, del cual iban a surgir más tarde el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, la apretada red de Institutos y Asociaciones Iberoamericanas radicadas en Hispanoamérica, las publicaciones, los Congresos Iberoamericanos de especialistas, la concepción de una comunidad de naciones iberoamericanas y, sobre todo, una poderosa corriente de ideas, trabajadas en forma sistemática por inteligencias claras y corazones animosos. Todo esto tuvo su origen en aquella singular ceremonia, celebrada en una soleada mañana del 4 de julio de 1946.

Detengámonos un momento a considerar de dónde procedía esa *unanimidad* que aunaba a hombres de distintas nacionalidades, desconocidos hasta entonces entre sí, que ejercían distintas profesiones y que, salvo el hecho de ser todos católicos, representaban ideologías

distintas. Esa unanimidad resultaba de su filiación hispánica, redescubierta en ellos mismos a consecuencia de la guerra civil española: la cruenta lucha española, nuestra gloriosa cruzada liberadora, fué el toque a rebato, oído en la profundidad de la sangre y que despertó, estremeciéndola, la dormida solidaridad de los miembros de la estirpe.

A diez años de distancia de aquel hecho histórico, vale la pena volver la vista atrás por unos instantes, para contemplar la obra realizada, observando los satisfactorios resultados alcanzados, los yerros en que incurrimos, los campos que quedaron yermos o sin cultivo y las muchas tareas que, en función de lo hecho, quedan todavía por realizar.

RELACIONES CULTURALES.

Puede considerarse como éxito pleno la política de atracción de estudiantes. Han sido más de doce mil los universitarios hispanoamericanos que han pasado, a lo largo de estos diez años, por las aulas españolas; de ellos, mil novecientos setenta y siete becarios. Unos cinco mil quinientos son los matriculados en este mismo curso en las Universidades españolas. Todos ellos vienen siendo luego portavoces, en sus respectivos pueblos, de un nuevo estado de espíritu, de una forma diferente de comprender la vida pasada, presente y futura, de una nueva mentalidad con que enfrentarse ante todas las cuestiones fundamentales de la humana existencia. Mediante ellos, Madrid ha vuelto a ser Plaza Mayor del Mundo Hispánico, lugar del reencuentro familiar, punto donde convergen los anhelos y las esperanzas de todos, sitio desde donde mejor conciencia se tiene del conjunto. Nuestros palacios, nuestras catedrales, nuestros museos, el propio paisaje peninsular, va siendo ya no sólo español, sino también hispanoamericano, porque testimonio vivo es la andadura histórica

de la estirpe, que, aunque bifurcada y separada en el acaecer del tiempo, conserva siempre el mismo hontanar e idéntica fuente de referencia, haciendo realidad la vieja sentencia de que no se crece armoniosamente más que desde la raíz del origen y sólo se puede ser en el presente.

PUBLICACIONES.

Fecundo y satisfactorio también ha sido el magno esfuerzo editorial realizado, con más de trescientos títulos publicados, que hacen un total de 550.000 volúmenes enviados a América, a los que hay que agregar cuatro millones de ejemplares de revistas, 80.000 folletos, millares de discos, cientos de millares de hojas y folletos informativos y centenares de películas.

La intensísima actividad de esta Casa queda reflejada en más de un millón de cartas registradas, en el cuantiosísimo número de sus conferenciantes, en la dotación de su biblioteca —que alcanza un volumen superior a los cien mil ejemplares, todos ellos sobre problemas actuales de Hispanoamérica—, en el creciente número de sus exposiciones y en el constante envío de profesores a Ultramar.

CONGRESOS Y ORGANISMOS REGIONALES.

Pero con ser muchas las actividades esquemáticamente aquí reseñadas, tal vez la pieza central de nuestra labor se halla reflejada, más que en ningún otro aspecto, en los 22 Congresos directamente organizados, en los que más de tres mil especialistas, personalidades eminentes de las más variadas profesiones, han desfilado por España. La profesión es hoy uno de los más profundos lazos de la hu-

mana existencia; unir especialistas iberoamericanos de una determinada materia es ponerlos frente a frente de una concreta realidad y descubrirles, de pronto, que deben seguir trabajando en un campo común de experiencias que intercambiar y objetivos que cumplir. No ha sido difícil, sino al contrario, espontáneo, el que, como consecuencia de los Congresos, hayan podido crearse instituciones de carácter, no ya sólo español, sino hispanoamericano, de vinculación permanente, y que éstas hayan cumplido tan bien su trabajo que algunas de ellas han logrado adquirir el carácter de entidades con *status* internacional y aun intergubernamental; con Secretarías Generales que tienen su domicilio en la sede de este Instituto, que patrocinó su creación. El intercambio de valores entre los miembros de nuestra comunidad, que hasta fecha bien reciente había quedado a iniciativa de inspiración unilateral, que proporcionaba logros aislados, parciales y de muy débil persistencia, se ha visto sustituido ahora por Organismos permanentes de relación que ordenan, estimulan, vivifican y ejecutan programas de las más variadas actividades en un volumen cada vez más creciente y cuyos beneficiosos resultados empiezan ya a tocarse a lo largo y a lo ancho de todo el mundo hispanoamericano. Testimonio de este quehacer logrado es la presencia en esta sala de los miembros del Seminario Iberoamericano de Enseñanzas Técnicas, que está reunido en Madrid. Ved por qué nuestra empresa no puede ya considerarse meramente española, sino hispanoamericana en plenitud. No es ya la voz con pretensiones hegemónicas la que aspira a marcar el diapason y a que los demás sigan su ritmo, sino una serie de fuerzas conjuntadas voluntariamente que, arrancando de la propia raíz nacional, se coordinan en una identidad de propósitos.

El hispanoamericanismo está ganando, de ese modo, amplitud y volumen, empieza a ser defendido por hombres de las más variadas procedencias, por las más distintas agrupaciones públicas, en el seno de las más diferentes profesiones, que, adquiriendo cada día mayor conciencia de la propia personalidad, mutuamente rivalizan

en la defensa de un patrimonio cultural, de un estilo de vida, de un modo de hacer y de pensar, manifestado en la tribuna, en el libro, en la prensa, en las nuevas instituciones nacientes, en el marco de la política o en el de la pura vida profesional. Buen índice de ello es el programa de actividades que ya tenemos trazado para el curso venidero. Durante el año 1957 están convocados y programados los siguientes Congresos: III de la Organización Iberoamericana de Seguridad Social, en Bogotá; III del Instituto Hispano-Luso-Americano de Derecho Internacional, en Quito; III de Educación Iberoamericana, en Ciudad Trujillo; II Iberoamericano de Cooperación Económica, en Méjico; IV Bienal Hispanoamericana de Arte, en Caracas; III Congreso Hispano-Luso-Americano de Derecho Penal y Penitenciario, en Cuba; VIII Congreso de Historia Municipal, en Madrid; II de Institutos de Cultura Hispánica, en Bogotá, y II del Seminario Iberoamericano de Enseñanzas Técnicas, en Bogotá.

En la multiforme variedad de este ambicioso programa y en los lugares de asentamiento de la sede de estos nueve Congresos puede medirse la amplitud de la tarea emprendida. Y la singularidad de su organización radica en que no son sólo los Gobiernos los que patrocinan, sino que, junto a ellos, están también las instituciones más prestigiosas, las personalidades más eminentes, que han adquirido ya conciencia de que la pura dimensión nacional es hoy insuficiente para la realización de nuestros problemas, la mayoría de los cuales no tienen solución adecuada más que en el marco del conjunto; es así como, paulatinamente, se va formando conciencia de una comunidad cultural única, común e indivisible.

RELACIONES ECONÓMICAS.

Pero no basta con la afirmación de nuestra territorialidad cultural única. Hace falta también conquistar a nuestras clases direc-

toras para la idea de que la Hispanidad no es, no puede ser sólo una comunidad espiritual. Somos también, debemos ser cada día más, una comunidad material, para ponerla al servicio del hombre, del hombre común, que es, al fin y al cabo, la finalidad última de todas las empresas culturales, políticas y económicas. Si sólo comunidad espiritual fuéramos, ni siquiera eso seríamos, porque en toda obra humana el espíritu ha de ir fundido en la materia; y para que seamos comunidad espiritual, necesitamos ser también comunidad material, comunidad de intereses. La industrialización iberoamericana, necesaria y archiconveniente para salir del grado de subdesarrollo en que nos encontrábamos, puede ser aventura peligrosa si se hace en forma autónoma e insolidaria. No cabe gran industria sin tener previamente un gran mercado. Nuestras dimensiones nacionales resultan insuficientes a la larga para el desarrollo óptimo de una gran industria. Habremos, pues, de ir pasando paulatinamente hacia una economía integrada por los países en grado similar de desarrollo, que deberá iniciarse buscando fórmulas preferenciales para las transacciones, ágiles sistemas multilaterales de pagos e instituciones adecuadas para acelerar los intercambios de los materiales que ya estamos en condiciones de ofrecer. Todo ello permitirá aplicar, con más rigurosa austeridad, los limitados capitales de que disponemos y hará posible, asimismo, una más racional utilización de los mismos.

Hoy, en el ámbito iberoamericano, la preocupación económico-social está en el primer plano de los problemas nacionales, y a ella deberá ser también a la que dediquemos una preferente atención en el tiempo futuro. Porque si somos capaces de encontrar fórmulas adecuadas para el aumento de nuestra potencialidad económica y del nivel de vida de los pueblos hispanoamericanos, la causa del hispanismo ganará en eficacia y acabará por ser comúnmente compartida por todos. Hacia esa etapa tenemos que marchar en los años venideros, y por ello es por lo que las relaciones culturales deberán estar complementadas con una intensa colaboración económica, pues ha de ser en el mundo de la cultura y en el de las relaciones econó-

micas por las que discurra todo el acontecer de las relaciones hispanoamericanas en el inmediato futuro. Tales son las exigencias actuales de un hispanoamericanismo práctico, por el que viene clamando la red de los cuarenta y cinco Institutos de Cultura Hispánica desparramados por toda América Española.

Sin duda deberán ser mucho mayores los esfuerzos que en el futuro se hagan para extender, en este y otros muchos aspectos, el campo de vinculación hispanoamericana, pero el camino está ya trazado y la desvertebración que padecíamos empieza a ceder su puesto a una paulatina coordinación que, arrancando en lo cultural, deberá extenderse a lo económico, atender a lo social y alcanzar todos los grados de la humana existencia. Todo ello no hubiera podido hacerse sin el exquisito respeto a la realidad política de cada país, que se ha procurado mantener desde el primer instante, trabajando sobre lo que nos une y dejando a un lado lo que nos separa o pudiera separarnos.

Los Institutos de Cultura Hispánica han sido, y pretenden seguir siendo, vanguardia de esta ambiciosa y difícil tarea. Han promovido estímulos y hecho posible la unificación de las inteligencias en la ardua empresa de definir y conceptuar la Hispanidad. Al mismo tiempo han dado forma y han comenzado a institucionalizar la Comunidad de Naciones Iberoamericanas. Para ello debieron superar su carácter de meras instituciones culturales al modo tradicional y ser organismos atentos al análisis y al estudio de los intereses vivos y permanentes de nuestros veintitrés países; hubieron de crearse entidades supranacionales y llegar al fondo de lo que aparentemente sólo era tangente de una circunferencia premeditada de acción. Sólo así ha podido hacerse avanzar la idea de Hispanidad para traspasar el muro de las puras expresiones verbales. Represa que permita a los pueblos hispánicos fluir y no andar a saltos; astillero que posibilite la creación, pieza a pieza, de las instituciones de la comunidad; esto es lo que ha pretendido ser aquel Instituto, creado, ahora

hace diez años, en el Real Monasterio de El Escorial. Todo ello no hubiera sido posible sin la generosa comprensión de todos y de cada uno de los Ministerios e Instituciones especializadas del Gobierno español, y a todos ellos queremos agradecer, en esta alta ocasión, su constante colaboración e inestimable ayuda.

Porque Vos, Señor, lo hicisteis posible; porque Vos en todo momento patrocinasteis, estimulasteis y vivificasteis nuestra acción, gracias, muchas gracias. Gracias en nombre de los que aquí directamente trabajamos a vuestras órdenes, trabajando ahincadamente desde el mismo surco que hace diez años fué trazado. Gracias en nombre de los que allá, en nuestra América, trabajan con generosidad sin límites, con entusiasmo derramado, con fe en la Providencia y en esta gran empresa que Dios ha querido poner en sus manos.

Todavía son muchas las gentes por conquistar, todavía no hemos podido superar todo el atroz pesimismo que padecieron muchas generaciones, explicablemente caídas y escépticas. Todavía quedan muchas mentes que contagiar por el fuego de nuestro proselitismo. Habrán de pasar muchos años antes que nuestras fuerzas sociales dejen de pensar en el providente milagro que pueda venir de manos extrañas, para creer sólo en el auténtico triunfo que han de proporcionarnos el esfuerzo y el mérito propios. Ser es defenderse. Tener plena conciencia de la propia capacidad y, aliando humildad con audacia, atreverse. Para triunfar hay que empezar por renunciar, escogiendo preferencias. Y sólo renunciando y arriesgando podrán nuestros pueblos hacerse merecedores de la victoria.

Porque Vos, Señor, en todo, fuisteis estímulo y ejemplo, vayan hacia Vos, mi General, en esta augusta fecha, los especiales, los rendidos fervores de todos cuantos en hora feliz levantaron esta gran bandera, que ya no sólo se alza, que ya tremola y se yergue enhiesta.

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL
EXCMO. SR. D. CLOVIS SALGADO,
MINISTRO DE EDUCACION DEL BRASIL

SEJA-ME permitido lembrar que, nas raízes dos sucessos históricos, encontramos, para Portugal e o Brasil, um denominador comum entre os seus povos no generoso sangue lusitano, mesclado —mas dominante— dos sangues indígenas e africanos, caldeados nas condições peculiares dos trópicos.

Seja-me permitido, ainda, lembrar que, sôbre essa base étnica e em concurso com ela, se gestou uma unidade cultural maior, nacional portuguesa e nacional brasileira, que nos é comum e, por isso, supranacional luso-brasileira.

Seja-me permitido, outrossim, lembrar que, como instrumento fundamental de concretização dessas duas realidades e presenças, a língua portuguesa se nos tenha tornado veículo de expressão e comunicação de nossas nacionalidades e de nossa vocação universalista.

Seja-me permitido, por fim, lembrar que, com êsses três dados históricos, objetivos, concretos e dinâmicos, e mercê da fé católica comum e da aspiração pacifista comum, a política do Estado português e a do Estado brasileiro tenham convergido para uma estruturação jurídica que se funda na estima, na admiração, no amparo e na assistência recíprocos e toma forma nos têrmos do recente Tratado de Amizade e Consulta entre a nação brasileira e a nação portuguesa.

E lembrando-me de todo êsse passado, que alicerça o nosso presente e lança seus lineamentos seguros para o futuro, que eu justifico, de mim para mim, a honrosíssima incumbência de que me acho, neste instante, investido, com ser o intérprete, nesta solenidade, do pensamento português e do pensamento brasileiro, de nossa comum e transcendente vocação humanista.

Estamos aqui reunidos, nesta data aniversária e por todo e sempre histórica, para mais uma vez celebrarmos um acontecimento memorável: o aparecimento do Novo Mundo e, com êle, a glória de Cristóvão Colombo, seu sofredor, pertinaz, iluminado e venturoso descobridor, que, marcado pela vontade divina, recebeu a alta mensagem que o poeta brasileiro soube vazar em forma simples e certa:

Vai, Colombo, abre a cortina

Da minha eterna oficina

E tira a América de lá...

E incontrastável que a sua portentosa empresa, alimentada por tantos anos de sonho, de pesquisa, de sacrifício e de determinação, só chegou a justo e belo remate, graças ao alto amparo e proteção dos Reis Católicos, que o armaram, com as três caravelas, cavaleiro andante do mar Oceano, numa gloriosa antecipação do espírito de aventura que animou o sempre amado Cavaleiro da Triste Figura de tôdas as Espanhas. Pois, com efeito, a glória da Península Ibérica, para ser definitiva na grande conjuntura que foram os séculos do Renascimento e dos Descobrimentos e da Nova Ordem, necessitava de três padrões ternos: o padrão do Sonho Eterno, que foi o Quixote; o padrão do Canto Eterno, que foi Camões, e o padrão do Feito Eterno, que foi Colombo. O mérito da façanha geográfica e política, selada a 12 de outubro de 1492 com o descobrimento da América,

cabe essencialmente à Coroa Espanhola. E cabe-lhe, como lhe cabe, também, independentemente de arguições de origem, a do descobrimento do estreito que, do sul da América, leva ao Pacífico.

A historiografia e a erudição podem e devem apontar os pioneiros, nos navegadores e normandos, escandinavos ou irlandeses, que teriam, provavelmente, séculos antes, chegados à Islândia e à Groelândia. Podem e devem formular e hipótese de que João Vaz Côrte Real, português, tivesse atingido, vinte anos antes, a Terra Nova, mantendo no «encuberto» a descoberta, no mesmo propósito que determinou à Coroa Portuguêsa esconder, também no Brasil, a sua chegada, como o revela Duarte Pacheco, no seu *Esmeraldo de situ orbis*.

Entretanto, o fato inédito e inaudito é que a divulgação imediata, pela Côrte Espanhola, do descobrimento de Colombo, iria fazer surgir, das brumas medievais para a apoteose dos novos tempos, o mundo americano.

Nesse sentido, tôdas as intricações da história, tôdas as injunções do tempo e da sociedade, todos os óbices e vaivéns da vida individual e coletiva, em lugar de diminuir ou atenuarem a glória que para sempre cabe à Espanha com o descobrir a América, sendo o artífice magno do feito Cristovão Colombo, em lugar de minorarem o brilho dessa glória, só servem para aumentá-lo e engrandecê-lo com o perpassar dos séculos.

E assim que pouco importa que Colombo, depois de haver naufragado perto de Lisboa, ali tivesse casado com uma dama portuguesa, cujo pai italiano, português de ascendencia, Perestrello, já havia sido governador da ilha de Pôrto Santo, na Madeira, e por cuja morte houvesse Colombo recebido da viúva, sua sogra, papéis, documentos e mapas de misteriosas incursões no mar Oceano.

Pouco importa, também, que, desde então, alimentando o sonho que antecipara pela convicção da rotundidade da terra, o consolidasse e afirmasse em correspondência com Paulo Toscanelli, o famoso cosmógrafo italiano, que lhe apoiara as induções, com novos elementos de certeza.

Pouco importa, por fim, que desde então e cada vez mais obsessivamente, o vamos ver, na pertinácia do seu heróico esforço, por várias côrtes da Europa, a postular o auxílio em troca de um tesouro maravilhoso, tanto oferecendo-o ao rei D. João II, de Portugal, quanto ao govêrno de Gênova, quanto ao de Florença, quanto, ainda, por seu irmão Bartolomeu, ao monarca da Inglaterra. São cêrca de vinte anos de proposições e tentativas, frustradas todas, das quais cêrca de oito em Espanha. E sabida sua chegada, viuvo, com o filho orfão à porta do convento da Rábida, para pedir um copo d'agua e um pouco de agasalho e descanso. Nem é ignorada a proteção que lhe adveio dos frades, encantados com as suas narrativas maravilhosas, bebidas em Marco Pólo. E conhecida a aproximação que, por meio dêles, teve com a côrte. São também históricas as reuniões das juntas de peritos, convocadas pelos reis, em Granada e Salamanca, em 1487, os quais lhe recusaram o auxílio imediato.

Nem é sonogada, pela documentação histórica, a realidade de que, quando, desiludido, seguia Colombo para a França, recebesse êle um apêlo da já então rainha Isabel, movida pela mão da Igreja, a interessar-se pelos seus propósitos e a ordenar, pressurosa, que lhe fôsem dados os auxílios indispensáveis à sua destemida expedição. E é assim que, ajudado pelos irmãos Pinzons, parte do pôrto de Palos, com as três caravelas, a afrontar os mistérios do mar tenebroso, tripuladas por uma centena de homens experimentados, que, não acreditando em milagres, eram con tudo dirigidos pela fe, pela convicção inabalável daquele homem pertinaz, que se dizia e se firmava unguido de uma missão excepcional.

Nem é de importância capital, ainda, que levasse ou não, escondido sob as vestes, uma mapa de Toscanelli, que, como reza a lenda, lhe marcava, na carta antiga, o lugar certo do Mundo Novo. E do mesmo modo se dirá de que, nas incertezas e indecisões da travessia, tivesse êle sempre o aviso de Pinzon, o competente piloto espanhol, e de que, na hora crucial de prosseguir ou retroceder, em face da marinhagem quase revoltada, fôsse êste que houvesse determinado o rumo, que os fêz chegar a América Central, quando é quase certo que, se mantido o derroteiro em que vinham, supostamente errado, também teriam chegado à América, mas a Setentrional.

Se a historiografia e a erudição levantam tais e tantos problemas, suscitam tais e tantas questões, não o fazem senão com o intuito, sumjecente embora, de realçarem a glória de Espanha, com nobilitarem a já por tantos títulos nobre glória de Colombo. E, assim, engrandecerem a nação e a cultura que puderam fortalecer tal sonho e torná-lo realidade, tanto mais pujante e mais bela, quanto mais sofrida e regada de suor e de aflicção.

O feito é em si, porém, de tal relevância, que ilumina a história dos tempos modernos com a aura que redimiu os Reis Magos em Nazaré, há dois mil anos e brilha de forma singular sôbre a cabeça coroada e venturosa de Fernando e Isabel, os monarcas protetores, para maior glória de Espanha, do mundo e da humanidade.

Se o denominador comum do sangue, da cultura, da língua, da fe e da vocação humanista pacífica cimenta a unidade luso-brasileira—como ousei resumir no inicio destas palavras—, o mesmo denominador comum do sangue, da cultura, da língua, da fe e da vocação humanista pacífica cimenta a unidade hispano-americana. E acima dessas duas unidades, maior que cada uma delas, mas nutrindo-se de sus glórias e de suas qualidades, numa fusão de glórias e qualidades comuns, há a grande unidade ibérica, que se condensa num ideal cultural e humano latino-americano, que não nega nem des-

merece o sentimento e ideal dos homens de tôdas as latitudes e longitudes, na construção da felicidade física e moral por sôbre todo o globo terrestre, faina de todos os dias para todos os homens de boa vontade, quaisquer que sejam suas origens e suas peculiaridades individuais, raciais, regionais ou nacionais.

A grande certeza que nos anima, entretanto, e que nos ministra a fôrça de coesão em face de todos os sacrificios presentes e futuros, a grande certeza nossa é de que sòmente através da cultura em tôdas as suas formas de aperfeiçoamento das qualidades essenciais do homem voltadas para a solidariedade e a fraternidade, sòmente através da cultura assim compreendida e formulada no espírito cristão é que essa vocação humanista se concretizará. E a fe que derruba as montanhas da incompreensão, e o império que consolidará o cimento da proteção recíproca dos homens, são o fanal dessa cultura latino-americana, que a América, feliz de suas fontes e orgulhosa de suas origens, procura construir —e está construindo—, com as características materiais e morais de sua civilização, que continua a civilização ibérica antepassada e sempre presente e nele se embebe.

E por isso que, neste esplêndido espetáculo de confraternização ibero-americana, seria omissão impensável não estarem aqui presentes, nela fervorosamente associados, os seus companheiros dos feitos navegatórios, descendentes de Bartolomeu Dias, de Vasco da Gama e de Pedro Alvares Cabral, e os felizes beneficiários dessas descobertas dos séculos xv e xvi, tanto os brasileiros, como os hispanoamericanos e até mesmo os norteamericanos.

Somos todos de uma mesma família humana, dispersos pela terra vasta, mundo novo que Espanha e Portugal construíram e edificaram. Mas, na hora das celebrações festivas, reunimo-nos ao calor de uma tradição comum, para exaltar os antepassados beneméritos, no mesmo espírito de compreensão o reconhecimento.

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL
EXCMO. SR. D. JOSE LORETO ARISMENDI,
MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES DE VENEZUELA

ERA en la madrugada de un nuevo día, de un día como hoy, 12 de octubre en 1492, cuando un marinero que se llamaba Rodrigo, como el Cid legendario, y que llevaba por apellido el de la Triana abigarrada, avistó una tierra insular, por vuelos de alcatraces anunciada, adelanto y avance de un Continente que iba a ser el emporio de la civilización occidental, abierto a ella por la Cruz de Cristo y por los estandartes de Castilla.

No era ni fué nunca el Nuevo Continente para Colón el Navegante más que un solar de llegada para una ruta más corta, ya que con ser Colón un Christo-ferens, un excelso ministro de los designios providenciales, no llegaba a ser total personero de la inaudita gesta que podía llevar sólo un nombre: el de la España inmarcesible.

La sombra del Pilar empezaba a proyectarse sobre los palmares de América. Iba a sentarse la peana de la magna cruz del Imperio de España, con su cabecera apoyada en el antiguo reino de las dos Sicilias y los brazos tendidos hacia el Africa, a izquierda, y hacia los Países Bajos, a la diestra. Y como la cruz en tierra firme derramó la sangre del Justo sobre la tierra redimida, la Hispanidad se desangró en América para gloriosa víspera de la Resurrección y de la Pascua.

España llevó a América el verbo castellano y el Verbo de Dios; lengua y doctrina, y gallardía y cultura y esperanza. No es maravilla que hoy sean devueltas las palabras originales, ahora desde América dichas, tras el encono del combate. Que éste fué, señores, por ambas partes abnegado, por ambas partes noble.

Pocas veces pueblos se reúnen en una victoria que les es común, sobre los tiempos alcanzada, como se reúne España con las naciones hijas que desde el Nuevo Mundo la saludan.

En la madrugada de aquel 12 de octubre de 1492, amaneció para el mundo la España americana, la que después de tres siglos había de convertirse, con la independencia de sus pueblos, en la América Española.

Descendemos todos de esa raza conquistadora y desciendo personalmente de uno de los Libertadores de mi Patria, del que hubo de afrontar tremendas responsabilidades durante lo más duro de la contienda, así como había sufrido tormentos sin igual en sus afectos más próximos. Mi voz será, más que la del Ministro actual, la voz de ese pasado heroico y doloroso, en el cual se mezclaron amargas realidades inmediatas y deslumbrantes sueños para el porvenir, la imposición de deberes que a veces parecieron inhumanos y sacrificios que también parecían sobrepasar las fuerzas del hombre.

Es la ocasión de decir que en el tránsito de la España Americana, del descubrimiento y de la conquista, a la América Española, de la liberación que abrió su cauce de Venezuela a Cuba, de Méjico a la Argentina, no dominó el odio que deja resquemores, sino la comunión de ideales que hoy aquí celebramos en esta Fiesta de la Raza.

* * *

La confraternidad hispanoamericana no es una mera conjunción diplomática. Y deja como pobre el lenguaje más cordial de la política militante. De otras realidades se nutre, frente a la idea centelleante de altos sentimientos salida. No faltará quien nos pregunte, en la penumbra del escepticismo, qué significa en concreto esta confraternidad proclamada y vivida y adónde ha de dirigirnos o llevarnos. Ella nace del arraigo popular más hondo, de la historia menos pasada, de la confesión espontánea, del amor más sincero. Emerge con fuerza desmedida desde una y otra orilla del Atlántico, bordada desde antes de la hora del alba, cuando era la del alba aquella ilustre en que Don Quijote salió de la venta para el servicio de las armas.

Podemos decir que tradición y actualidad unidas hacen que los más humildes españoles se sientan en tierras de la América Hispana como si estuvieran en su casa, como si no hubieran salido de ella; y que los hispanoamericanos que viven en España o a ella venimos nos sintamos como de regreso a los lares paternos.

Podemos decir que los héroes de la emancipación americana, tan española por su heroísmo, no dejaron de insistir, aun en los momentos más crueles, sobre la hermandad que nos ha hecho ejemplares sobre el desconcierto de los pueblos. Podemos asegurar que de consuno la cultura y la sangre nos unen y que la discordia o la ferocidad de un día no nos han separado.

No voy a hablar del sentimiento hispanoamericano visto desde España. Sé que es recio y sincero; pero parecerían entonces mis palabras hijas de una voluntad de halago o de una cortesía circunstanciada y oportuna. Prefiero apoyarme en expresiones viejas, desde América formuladas, incluso en instantes de viva querrela y de combates enconados.

* * *

La unidad pragmática creada por España, gracias al genio de sus paladines, entre la Metrópoli europea y sus colonias de América, no se rompió por razones de ambición ni de odio, sino por la fuerza incoercible del engrandecimiento occidental. Se emancipó la América Española, como se emancipa el hijo cuando llega a su mayor edad. Es menguada la idea de que luchamos contra España aprovechando sus quebrantos o sus infortunios cuando guerreaba contra Napoleón Bonaparte. El largo proceso de nuestra madurez política nos hizo más bien compañeros de una común empresa contra dominación extraña, por la independencia positiva. Por eso ha perdurado, en forma impresionante y sin lagunas, una unión de índole superior entre los diferentes países americanos hijos de España con la antigua Metrópoli. Séame permitido presentar sobre ello testimonios fehacientes, así resulten escasos, por la obligada selección que la brevedad me impone en discreción y cortesía.

El Precursor Francisco de Miranda manifestó categóricamente a los ministros de Inglaterra que jamás lucharía contra España «con cualquier otro propósito que no fuera la emancipación de Sur América», y reiteró más tarde la esperanza de que, como sus deseos eran puramente patrióticos, «no se me exigirán servicios contra España por ninguna otra causa. Este —explicaba— es un punto de delicadeza para mí, no obstante la autorización del derecho de la guerra y el ejemplo de hombres grandes y virtuosos en los tiempos antiguos y modernos».

Ni el ejemplo ni los intereses pudieron en Miranda más que su lealtad de príncipe, que su entereza señorial. Y este hombre murió en la cárcel de Cádiz, cerca del sitio en que la Constitución española de 1812 había sido gloriosamente promulgada.

Un año antes, en la Constitución inicial de la Nación Venezolana, ya es esa Nación entera la que en forma solemne y oficial consagra la confraternidad hispanoamericana al estatuir que podría ejer-

cer el Supremo Poder Ejecutivo cualquier nacido en América, en la España Peninsular o en sus Islas Canarias, sin más requisito que el de jurar la Independencia y el de tener residencia y bienes en el territorio de la nueva República. En realidad no era cosa nueva ni disposición inesperada: era el cumplimiento de la promesa formulada en el Manifiesto que dió al mundo la Confederación de Venezuela al proclamar que «la revolución más útil al género humano será la de América, cuando, constituida y gobernada por sí misma, abra los brazos para recibir a los pueblos de Europa...».

Simón Bolívar, como venezolano, Libertador y Padre de la Patria, tuvo que hablar lenguaje combativo y sancionar duros decretos. Sin embargo, en enero de 1821, próxima a consagrarse la Independencia de Venezuela en la Batalla de Carabobo, escribía a S. M. Católica el Señor Don Fernando VII, Rey de las Españas: «La existencia de Colombia es necesaria, señor, al reposo de V. M. y a la dicha de los colombianos. Es nuestra ambición ofrecer a los españoles una segunda patria, pero erguida, pero no abrumada de cadenas...».

En pleno fragor de la lucha no había odio, antes por el contrario respeto, para con el Soberano cuya dominación en América combatía. No podía haber odio contra los españoles, a quienes se ofrecía una segunda patria.

Y el mismo Libertador, en ese mismo año, escribía también al general realista D. Miguel de La Torre:

«Me doy la enhorabuena, mi querido General, de que sea usted el Jefe de mis enemigos, porque ninguno es más capaz que usted de hacer menos mal y mayor bien. Usted es el que debe estancar las heridas de su nueva patria; usted, que vino a combatirla, debe protegerla; usted, que se ha mostrado siempre noble enemigo, será aún más noble amigo...»

Nadie como Bolívar sintió esa confraternidad indestructible de lo español en América, por lo que fué llamado «el más español de los americanos». Bolívar era sangre y espíritu de España por su stirpe, y tenía la fiereza, la tenacidad y la abnegación del vascongado. En su tremenda vida de luchas y de hazañas, por donde pasaron los pensamientos en tormentosas corrientes, como las de un río tropical, por encima de los arrebatos de pasión y del estilo de su época y de sus situaciones guerreras, mantuvo incólume el sentido hispánico de la vida.

Por otra parte, cuando D. Andrés Bello escoge como tema de sus investigaciones primerizas el *Poema del Cid*, y cuando insiste en él apasionadamente durante toda su vida, está rindiendo encendido tributo a la cultura indivisible de las muchas Españas.

Tanto Bello como D. Rafael María Baralt se ocuparon con empeño para defender y aquilatar nuestro común idioma, para la guarda solidaria. La obra de Andrés Bello en materia de Gramática Castellana ha sido recogida y aceptada en buena parte por la Real Academia Española, en gesto de reconocimiento que nos honra a todos.

No quiero olvidar la declaración de principios que, con solemnidad casi religiosa, dos meses antes de su muerte, lanza José Martí en el Manifiesto de Montecristi: «En el pecho antillano —dice— no hay odio; y el cubano saluda en la muerte al español a quien la crueldad del ejército forzoso arrancó de su casa y de su terruño para venir a asesinar en pechos de hombres la libertad que él mismo ansía. Más que saludarlo en la muerte, quisiera la revolución acogerlo en la vida; y la República será tranquilo hogar para cuantos españoles de trabajo y honor gocen en ella de la libertad y bienes que no han de hallar aún por largo tiempo en la lentitud, desidia y vicios políticos de la tierra propia. Este es el corazón de Cuba, y así será la guerra.»

No podían faltar en estas palabras de Martí el grito de combate y la impaciencia de revolucionario, en ese reproche de lentitud, desidia y malos hábitos políticos que hace a la Metrópoli; pero es esencial que no consientan —ni siquiera como arma de guerra— en cultivar el odio contra el español. Más aún: hubiera podido callar y afectar olvido o desdén; pero no: como parte esencial de su programa, y como era tradición desde los primeros Libertadores de América, Martí considera obligatorio prepararse para el combate invocando, como en un rito místico, la idea purificadora de la confraternidad.

Sabía él, como había sabido Miranda, que tendría que dar su vida por esos bienes que anhelaba, por aquella libertad y por el tranquilo hogar de la República. Sin embargo, por anticipado, se ofrece a los adversarios para tratarlos como hermanos.

* * *

Con ellos, con los hermanos de la España Peninsular, habían heredado justamente los Libertadores el sentido quijotesco, de nobleza para el combate, de generosidad en la victoria, de resignación en la desgracia, de cristiana virtud. Por eso, cuando Bolívar se sumía en la hondura de su pesar y llamaba «majadería» a su sacrificio y a su holocausto, pensaba que con algún rasgo de redentor del mundo podía haber también sobre su rostro algún rastro tomado del sublime y cómico gesto del Caballero de la Mancha.

Señores:

He venido a España ostentando la representación oficial de la República de Venezuela. Por orden expresa de su Presidente, el General Marcos Pérez Jiménez, traigo un saludo cordial del Gobierno

y del pueblo venezolanos para Su Excelencia el Jefe del Estado Español y para las jerarquías de España y para España entera; saludo que me complace en hacer público desde esta tribuna que vuestra benevolencia me ha dado. Es natural que en mis palabras haya predominado el recuerdo de los hombres ilustres de Venezuela, que han visto siempre en España, sobre el fragor de los combates como bajo el iris de la paz, el brillo de la casa ilustre y de la familia honrosa. Pero quisiera en este momento ser el portavoz no sólo de mi Patria, sino de todos los pueblos de habla castellana del Continente americano. Por si ellos me otorgan este privilegio, quiero deciros en nombre de todos que América devuelve a España, en sentimientos cálidos, lo mejor que de España ha recibido. Y lo devuelve sin perderlo. Haciendo que se tienda sobre el Atlántico el alto sol de una comunidad radiante en el espíritu como en las letras, en el trabajo de cada día como en una gran tarea común y permanente de cristiandad y de cultura.

Es fama que las aguas del Tajo templan bien los aceros. Es tradición poética que el Tajo personificado anunció un día al Rey Rodrigo la caída de la corona visigoda. Pensemos que este Tajo de aguas que templan y de profecías que se cumplen, después de desembocar en la mar atlántica, vuelve o regresa de América a España, acrecido en caudal, sonoro y profundo. Para vaticinar un apogeo de los valores representados por las gestas de España, aquí y allá, aquende y allende del cabo que parecía el fin del mundo y se llamó por eso Finisterre. En rigor, el Tajo, como Don Quijote, ha llegado a América sin salirse de España. Y de América vuelve, mientras en ella permanece por la ubicuidad de un espíritu que se llama nobleza quijotesca y lealtad castellana, valor de cruzados, soberano ingenio. Estas son las virtudes que queremos comunes y que enaltecemos hoy, en esta magna Fiesta de la Raza. La Raza que nos une y nos congrega, desde el Pilar de Zaragoza hasta las cumbres de los Andes. Es

la Raza que Dios ha bendecido para darle, sobre la faz del mundo, el más amplio solar; y en el cielo, para esperar el alba, la más alta estrella; la que alumbró la vela de las armas del señor Don Quijote, el Ingenioso Hidalgo.

Señoras, señores.

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL
EXCMO. SR. D. ALBERTO MARTIN ARTAJA,
MINISTRO DE ASUNTOS EXTERIORES DE ESPAÑA

NUNCA ha sido nuestra fiesta familiar tan completa. Estáis vos, el Caudillo que rige este viejo solar patrio, cuna y mayorazgo de la Hispanidad. Está con nosotros el Sr. Ministro de Relaciones Exteriores de Venezuela, y están aquí todos los Gobiernos de la América de stirpe española, representados por sus Embajadores. Está presente nuestra Santa Madre la Iglesia en la persona del Enviado de su Cabeza visible, nuestro Padre común. En fin y para no faltarnos nada, comparten con nosotros este júbilo hogareño nuestros entrañables vecinos lusitanos, nuestros hermanos de la casa de al lado, con sus hijos y descendientes transatlánticos, los brasileños; cuya voz, la de ambos países, Portugal y Brasil, habéis llevado vos, Sr. Ministro de Educación Nacional de la gran República transatlántica, reavivando con vuestra presencia el júbilo que, hace poco, nos causó la visita del primer Magistrado de vuestro país, Sr. Kubitschek, una visita llena de intimidad y de cordialidad, verdaderamente propia de quienes somos «de familia».

Lo habéis dicho muy bien vos mismo, Sr. Ministro, y tomo gustoso vuestras mismas palabras: españoles e hispanoamericanos, portugueses y brasileños formamos una familia humana en la que se pueden y se deben distinguir perfectamente dos comunidades: la hispanoamericana y la lusobrasileña, a la manera como en una fa-

milia patriarcal se congregan los descendientes de dos hermanos, ambos fundadores de sendas estirpes. España y Portugal son hermanos desde su nacimiento en la historia y viven, gracias a Dios, en perfecta inteligencia fraterna. Los hijos de España y los hijos de Portugal viven también en la misma relación de familiaridad.

Nuestra familia de pueblos se reúne hoy, una vez más, en esta gran fecha fundacional, recuerdo del día, casi genesiaco, en que las naos españolas arribaron a un Mundo Nuevo. La Madre Patria España rememora en este día el acontecimiento más glorioso y fecundo de su historia, a la par que los pueblos jóvenes de allende el mar conmemoran su propio nacimiento, su paso desde el misterio de la geografía a la luz de la historia universal. Porque esta fiesta, hay que repetirlo, no es una fiesta nacional española, ni argentina, ni cubana, ni de ningún otro país determinado y solo. Es la fiesta común a todos y la de cada uno; el día fasto de esta comunidad de pueblos en el que todos nos sentimos hermanos y apretamos cada vez más los vínculos culturales, económicos y diplomáticos de nuestra comunidad.

A cuatrocientos sesenta y cuatro años de distancia de las jornadas históricas del Descubrimiento, la mente y el corazón se nos vuelven siempre en rendido homenaje hacia aquella pléyade de gigantes casi míticos; hacia Colón, aquí exaltado debidamente, el nauta genial, y hacia los Pinzones, que hicieron posible su empresa; hacia los Reyes Católicos, Reyes fundadores, por antonomasia, y a sus gloriosos descendientes que continuaron su empeño; hacia los conquistadores y hacia los colonizadores, que realizaron, sólo en decenios, la hazaña inverosímil de incorporar a la civilización un Continente entero. Citamos por su nombre a sólo dos de ellos, que por diversos motivos hemos conmemorado en este año: a Menéndez de Avilés, conquistador de la Florida, y a Martínez de Irala, fundador de la ciudad de Asunción, en el Paraguay. Ellos fueron vástagos dignos de una raza que por aquellas mismas fechas —por no salir, en el recuerdo, de las

conmemoraciones de este año— daba al mundo la figura gigante de Ignacio de Loyola y siglos después la personalidad casi ciclópea de Menéndez Pelayo.

Las hazañas de aquellos fundadores de América no han sido todavía superadas por nadie y sus vidas sirvieron por muchos siglos de arquetipo. En cuanto a su obra, ahí la tenéis: los núcleos sociales que ellos fundaron estaban tan sólida y armoniosamente cimentados que al crecer de forma espontánea pudieron transformarse, andando el tiempo, en pueblos soberanos. Por eso aquellos progenitores españoles fueron —diríamos hoy— los primeros mejicanos, paraguayos o argentinos; porque su quehacer no era el de una pura aventura descubridora: fundaron hogar y casa propia, sembraron la tierra y aclimataron ganado, explotaron los minerales, montaron talleres, trazaron ciudades y, sobre todo, erigieron templos, escuelas y universidades. El conjunto de esa tarea fundacional, fundida con la cultura aborígen, dió lugar a una nueva conciencia, en la que encuentran a la vez su fuente las nacionalidades hispanoamericanas y la comunidad de pueblos que hoy llamamos Hispanidad; la cual es por eso algo perenne, que pertenece al presente y al pasado, pero que ha de ser, sobre todo, un quehacer para el futuro.

El Profesor Arismendi nos demuestra documentalmente, acabáis de oírlo, que la idea de la Hispanidad no es un oportunismo político de esta hora, sino una realidad constante de nuestra historia común, revelada tanto en el descubrimiento y en la conquista como en la independencia misma de los pueblos americanos, ya que aquella idea de la comunidad hispánica se sustenta, como habéis oído, en las palabras y en los hechos de los mismos emancipadores, desde Miranda y Bolívar hasta Martí. La realidad de una entidad superior hispánica, común a España y a todos los pueblos de origen ibérico, se ha impuesto en todo tiempo a las disputas y hasta a los errores, con la fuerza indestructible de lo vital y auténtico, hasta revelarse soberanamente en nuestros tiempos de hoy, cuando la plena independencia

de los pueblos hispanoamericanos ha descubierto más la raíz de su ser. España no se retiró de América dejando allá unos pueblos coloniales, que, por estar más o menos penosamente asimilados, habrían de perder rápidamente su lengua o su cultura; dejó allá, por el contrario, convertidos en Repúblicas independientes, los reinos y provincias nacidos de un desdoblamiento de su ser, no asimilados, sino engendrados, y ahora continuadores por los siglos de los siglos de su sangre, de su lengua, de su estirpe y de su fe. Con razón decía no hace mucho en una docta reunión de Santander el profesor alemán señor Rheinfelder que solamente a España puede aplicarse, y se aplica, la expresión «Madre Patria». Porque España ha sido madre, con todo el sacrificio que la maternidad implica, y son por eso sus hijos quienes libre y espontáneamente la aclaman como tal.

Aquella fecundidad de España creó para siempre esta realidad internacional de nuestra familia de pueblos. En el conjunto de la comunidad internacional los pueblos de origen español forman como una región; hay un regionalismo hispanoamericano, el cual no es excluyente de las demás realidades internacionales ni se dirige contra nada ni contra nadie. Nuestro regionalismo no excluye ni desconoce la existencia de otras comunidades más circunscritas, como tampoco la de otras más amplias, sean éstas de orden continental o mundial. Así las que forman los países de la cuenca del Río de la Plata, o los pueblos centroamericanos entre sí, o bien los países especialmente unidos por la obra y el genio de Bolívar. Como es asimismo cierta la realidad continental que se impone entre todos los pueblos americanos, no sólo por su situación geográfica, sino también por los imperativos de la economía y los de una trayectoria política que, no por reciente, es menos verdadera. Pero por debajo de todas estas unidades, y como factor común a todas ellas y a España, existe una identidad de modos de vida, una misma problemática del presente, una conciencia del propio quehacer futuro, una existencia social y económica de coyuntura similar que nos obliga a hacer más real cada día la Comunidad de los Pueblos Hispánicos o, si queréis, de Ibero-

américa. Y si bien, hasta fechas no lejanas, el Panamericanismo parecía oponerse a esta realidad hispanoamericana, hoy se va viendo ya claramente que panamericanismo e hispanoamericanismo no son términos antagónicos, sino complementarios, distintos aspectos de unas realidades confluyentes, que necesitan, para su pleno desarrollo, contar con su mutuo respeto, ya que su actuación en el futuro, aunque sea diferenciada, puede y debe ser conjunta.

Al llegar, señores, este 12 de octubre, venimos complaciéndonos, desde hace años, en recordar los fastos más sobresalientes de nuestra común celebración anual. No omitiré tan grato cometido.

Sin duda el máximo acontecimiento en este orden ha sido la reunión en Madrid del II Congreso de Academias de la Lengua Española. Pocas ocasiones como aquélla para adquirir conciencia de la grandiosa amplitud de nuestra comunidad hispánica de pueblos. Sin una discrepancia, sin una voz discordante, los ilustres representantes de las 21 Academias de nuestra Lengua coincidieron en la redacción de unas normas que, sin merma de la fijeza, dieran fluidez y libertad a la expresión, permitiendo el enriquecimiento de nuestro léxico con la inclusión de voces procedentes de otras culturas, de la creación popular o de las nuevas necesidades de nuestro tiempo. Merced a tal inteligencia y a esa concordia, nuestra lengua castellana, una y diversa, va troquelando nuestro pensamiento en forma tan unitaria, y a la vez tan variada, que ya no cabe pensar en los peligros, que se vaticinaban cuando alboreaba el siglo, de que un día pudiera romperse la unidad sustancial de nuestra lengua. Al siglo y medio de la diáspora emancipadora, la expresión verbal de nuestro entendimiento sigue siendo, pues, unívoca y por todos inteligible. Aquella gran anficciónia de los pueblos de nuestra lengua que fué la Asamblea de Academias, bajo la égida venerable de Cervantes, reforzó la conciencia de su unidad, se inquietó sanamente ante la amenaza de posibles peligros, pero se confortó con la visión de su general lozanía.

Complemento de ese gran Congreso fué el de Cooperación Intelectual, celebrado el pasado mes de julio, en Santander. Si en el primero actuaron los académicos, en el segundo trabajaron más bien los profesores; si en aquél los hispánicos, en éste los hispanistas desparramados por toda Europa y en los Estados Unidos. En él fué gozoso contemplar cómo crece cada día el número de los cultivadores de nuestra literatura, cómo son cerca de 20.000 los profesores que enseñan español en regiones culturales ajenas a nuestra comunidad lingüística, cómo nuestra lengua está llegando a situarse entre los dos primeros idiomas cultos del universo.

El Congreso celebrado en Colombia para la preparación profesional de expertos sociales, patrocinado por la Organización Iberoamericana de Seguridad Social, y el que acaba de celebrarse en Madrid sobre ordenación de las enseñanzas técnicas, organizado por la Oficina de Educación Iberoamericana, muestran también cómo cobran cada día mayor cuerpo y eficacia los organismos de carácter regional que a lo largo de estos años se han ido creando.

Mencionaré, por último, dos iniciativas de la política española, que juzgo de trascendencia hispánica: la creación del Instituto Nacional de Emigración y el viaje a América de nuestra Exposición Flotante. En servicio a nuestro mundo hispánico, España está dispuesta, señores, a acrecentar su actual cupo migratorio, que hoy se cifra en cerca de unos 60.000 españoles, si cuenta previamente con la colaboración de los países transatlánticos y de las organizaciones internacionales consagradas a este fin. Pero queremos fomentar una emigración calificada, no amorfa, porque sabemos que es la que América necesita; y organizada, no anárquica, para lo cual no deberán salir de España nuestros emigrantes sino cuando vayan a zonas previamente señaladas para realizar plenamente su trabajo y cuando cuenten con medios económicos que les aseguren un decoroso acomodo. Es preciso que en los años próximos surjan, pues, empresas mixtas, acaso con la colaboración de capital internacional, para que

nuestros emigrantes a América dispongan de créditos para su vivienda, los aperos de su labranza, los utensilios de su trabajo, de los elementos, en fin, necesarios para la prosperidad de sus empresas. Solamente de ese modo podrá acrecentarse, junto con la población, la productividad de su trabajo, y sólo así se conseguirá que la emigración sea, como debe serlo, triplemente beneficiosa: para el emigrante y su familia, para la Patria de origen y para el país de adopción. Habrá de preocuparnos también que esas familias que se arrancan de las tierras de España no se desarraiguen de nuestro espíritu y de nuestra tradición, y que para ello cuenten con la ayuda protectora del sacerdote y del maestro, que mantengan viva en ellos la conciencia de su origen y despierto el sentimiento de la hispánica comunidad. Pues bien: todo esto lo esperamos de la eficaz labor de ese naciente Instituto que el Gobierno español ha creado con tal designio.

Bajo la presidencia del Ministro de Comercio, una Comisión interministerial aparejó una airosa nave, de construcción enteramente española, el *Ciudad de Toledo*, que en estos mismos días, con un escogido muestrario de nuestra producción industrial, va visitando, entre explosiones de entusiasmo, los puertos de las tierras hermanas de América. Ese barco está llevando al mundo el anuncio de que España ha iniciado una era nueva en su desarrollo industrial y que puede exportar, en consecuencia, no tan sólo productos agrícolas tradicionales, sino también los más variados productos industriales, lo cual permitirá que el comercio hispanoamericano se multiplique en pocos años. Nuestros vínculos espirituales y culturales recibirán un refuerzo con este incremento de nuestras relaciones comerciales.

Tengo que congratularme públicamente, por ello, de la orientación realista que está dando a su labor, según ahora mismo os explicaba su Director, el benemérito Instituto de Cultura Hispánica, al cual es justo que dedique una palabra de elogio al cumplir su primera década. Hace, en efecto, diez años que España puso al servicio

de la comunidad hispanoamericana este útil instrumento. Habéis oído a su actual Director un breve resumen de las tareas del Instituto. Yo debo añadir el encomio merecidísimo del Sr. Sánchez Bella, cuyas dotes, alta capacidad intelectual, preparación y competencia y su dedicación a la obra hasta el sacrificio personal, han hecho de él un hombre entrañablemente unido a los problemas y a las inquietudes de América, digno vocero del americanismo español y procurador entusiasta —vosotros lo sabéis bien, señores Embajadores hispanoamericanos— de todo el mundo hispánico ante la vida española. El Instituto, nacido en 1946, bajo la dirección de D. Joaquín Ruiz Giménez, a quien rindo también aquí el cálido homenaje que mereció su empeño, ha desarrollado en estos diez años esa tarea cuajada de frutos que habéis oído en el orden de nuestras relaciones culturales. Séame permitido, pues, felicitar a cuantos en él trabajan y augurar a la institución muchos años más de fecunda labor en el acercamiento de nuestros pueblos.

Antes de cerrar, señores, este balance de nuestro año hispánico, quiero enviar un cordial saludo de felicitación y enhorabuena a los nuevos Presidentes de las Repúblicas de Bolivia, Perú, Ecuador, Panamá y El Salvador, que en estos meses han inaugurado su mandato. España, que envió a su tiempo Embajadas extraordinarias a la toma de posesión de cada uno de ellos, expresa de nuevo el vivo y ardiente deseo de que su gestión presidencial sea coronada en todas partes por el acierto.

Y ahora, ahora para terminar y dirigidas singularmente a vosotros los hombres de Ultramar, escuchad todavía dos palabras sobre la Madre Patria. Vosotros lo estáis viendo: España vive una etapa de renovada juventud, una era de fecundidad fundacional en la que nacen por centenares los pueblos agrícolas sobre los antiguos baldíos, se crean fecundos lagos donde no los alumbró la Naturaleza, se dominan los ríos para cambiar sus estragos en beneficios, crecen y se embellecen las ciudades y se multiplican las fuentes de energía,

a la vez que florecen por doquier nuevas instituciones de cultura. Hace veinte años que, por encima de todos los obstáculos y a despecho de las incomprendiones, España, guiada por la mano firme y prudente del que ha sabido ser su Caudillo en la guerra y su conductor en la paz, crece y trabaja en el sosiego que nos ganaron aquellos españoles que ofrecieron su vida por ella y por la causa de nuestra civilización. Vosotros lo veis, repito; pero hay todavía muchos que quieren ignorarlo. Pues bien: convertíos, os pido, en apóstoles de esta verdad. Llevad a todas partes la convicción de que vuestra Madre Patria, nuestra España, no sólo por sus glorias pasadas merece vuestra estima y vuestro cariño; también por su fecundo presente, que es augurio de un porvenir esplendoroso.

D I S C U R S O

PRONUNCIADO POR EL EMBAJADOR DE ESPAÑA

D. JOSE MARIA DE AREILZA

ANTE EL SPANISH-AMERICAN BOARD OF TRADE

11 de octubre de 1956.

Hotel Plaza, Nueva York.

ME complace sobre manera presentarme ante vosotros, directivos y miembros del Spanish-American Board of Trade, para conmemorar en esta solemne ocasión, un año más, la gran fecha histórica del descubrimiento. En la corta pero intensa vida de esta Entidad, me ha causado viva satisfacción comprobar el acertado espíritu que anima a sus dirigentes, buscando toda ocasión propicia para fomentar el intercambio económico, social y humano entre los Estados Unidos y España. Tiene, además, esta celebración hoy el significado de querer restaurar en la gran ciudad de Nueva York el recuerdo y la significación simbólica de la fecha en que las naves españolas llegaron a las tierras del Nuevo Mundo, iniciando así un capítulo decisivo en el proceso de la Historia universal.

Trajo España a este Continente, como es sabido, su lengua, su religión, su cultura y sus formas de vida. Pocos norteamericanos saben que fueron los españoles quienes abrieron en su territorio la primera escuela pública, que todavía existe; la primera iglesia donde se rindió culto al Dios verdadero, el primer municipio, la primera corte de juicios. No sólo esto, sino que más de dos tercios de la tierra de los Estados Unidos está bautizada todavía con nombres españoles que llenan la geografía de todo este Continente norteamericano al sur de las Carolinas y al oeste del Mississippi. Pues, con

todo, todavía fué más importante en nuestra gesta el haberse entregado el pueblo español entero, con un sentido de misión, a fundirse con los habitantes indígenas de las Américas, creando muy pocos años después del descubrimiento los primeros núcleos humanos mixtos, que formaron siglos más tarde la base de las nacionalidades hispanoamericanas.

España trajo aquí la norma, la ley y el sentido de justicia arraigados en el sentimiento cristiano de su vida nacional europea. Todavía hoy gran parte de la legislación civil y administrativa norteamericana, en todo lo que no tiene su origen en la Common Law, está basada en los viejos Códigos españoles. Y, finalmente, con un sentido verdaderamente profundo y moderno de respeto a la personalidad humana, nuestras Leyes de Indias y nuestro Derecho de Gentes, formulados por los grandes pensadores del siglo xvi español, dejaron para siempre en las tierras y pueblos de este Continente arraigada la semilla fecunda de las libertades personales y del respeto a la autodeterminación de los pueblos. Yo siempre he sentido una íntima emoción al visitar en Washington, en vuestro Capitol Hill, el gran conjunto de esculturas que representan simbólicamente a los Estados de la Unión en la persona de sus más ilustres hijos. Allí está en efígie Fray Junípero Serra representando a vuestro Estado de California, el humilde fraile español que literalmente creó las bases de la actual riqueza de la costa del oeste de los Estados Unidos. Y allí también, en los techos de vuestra Corte Suprema, está la efígie de Francisco de Vitoria, otro de nuestros grandes teólogos y juristas, fundador del Derecho Internacional, base hoy del respeto mutuo entre los pueblos del mundo.

Esta fué, a grandes rasgos, la herencia española, o, dicho de otro modo, nuestro legado a América. Todo nuestro pueblo se desangró y se arruinó realmente en esta gigantesca empresa que duró tres siglos. Hoy, al cabo de los ciento cincuenta años de la emancipación de las antiguas provincias españoles de Centro y Sur América, con-

vertidas en próspera constelación de naciones jóvenes e independientes, puede decirse que España recoge el fruto íntegro de su obra; porque hoy el Continente americano es, por lo menos en una mitad, continuidad de la historia de España, que revive en sus hermanos de Hispanoamérica las mejores páginas de su espíritu, de su genio político y de su cultura.

Existen hoy día, todos lo sabéis, graves amenazas para la continuación de nuestra civilización cristiana y están en peligro sus valores esenciales. La tremenda revolución creada por las nuevas armas y técnicas de guerra, y el despertar progresivo e inevitable de los pueblos menos desarrollados de Asia y de Africa, añaden un tinte sombrío y grave a las circunstancias actuales del mundo. España, país europeo por su geografía, mediterráneo por su cultura, árabe por su hermandad histórica y americano por la gigantesca empresa del descubrimiento y civilización de este Continente, se siente íntimamente ligada a la responsabilidad colectiva del Occidente en los críticos momentos actuales. Pero su conducta no arranca de motivos egoístas o de predominio. España, desposeída casi totalmente de sus dominios de Ultramar, hizo recientemente el último gesto de generosidad internacional y de sabiduría política otorgando a su Protectorado de Marruecos, llegado a la mayoría de edad, la independencia absoluta, en un gesto de fraternal cooperación. Por eso, la voz de España en las asambleas internacionales, sin ánimo de adoctrinar a nadie ni pretensiones ridículas de magisterio, tiene el valor de estar formulada con sinceridad, sin bastardos motivos de codicia o interés, y únicamente dedicada a continuar la línea de tradición del Derecho Internacional y del Derecho Político cristiano, basado en el respeto a la ley y en el ideal supremo de justicia, que fué la norma de nuestros antepasados. Nuestra experiencia histórica nos hace ser prudentes en todo extremismo, tanto el que rechaza el colonialismo como palabra nefanda, lo cual sería injusto y equivaldría a negar el indudable beneficio obtenido por millones de seres humanos al contacto de la civilización y del progreso, como el que supone, en el otro

extremo, que las fórmulas tradicionales utilizadas en el siglo XIX por las grandes potencias coloniales, que ignoraban muchas veces el derecho de los pueblos pequeños o sometidos, pueden seguir manteniéndose en los tiempos presentes sin que vacile en sus cimientos el edificio entero de la comunidad internacional.

Y, sobre todo, España no pierde de vista el más grave, el más importante, el único problema decisivo: la defensa del mundo libre, amenazado por el comunismo. Hay en nuestro país un hombre al que la Providencia pareció elegir en un momento dado para salvar a España del abismo en que se hundía. Este hombre se calificó a sí mismo en cierta ocasión de «centinela de Occidente», de vigilante perpetuo y alerta siempre para adivinar los movimientos del enemigo. Su firmeza en los años difíciles, su serenidad en los graves peligros, su clarividencia en los momentos de confusión, le han hecho hoy, en opinión unánime reconocida por amigos y enemigos, uno de los más firmes aliados anticomunistas de los Estados Unidos de Norteamérica. Este país lo comprendió así con certero juicio, especialmente después de la guerra de Corea, que sirvió para abrir tantos ojos cegados por el prejuicio. De ese entendimiento nacieron los Acuerdos de 1953, cuyo tercer aniversario se ha cumplido felizmente hace pocos días. Para celebrarlo tuvo lugar en España una sencilla ceremonia simbólica: muy cerca de Madrid tomó tierra un gran avión militar de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos sobre la pista recién terminada de la base de Torrejón —una de las más largas de Europa—, llevando a bordo a los Ministros del Aire de Estados Unidos y de España, que quisieron festejar así un trienio de estrecha y eficaz colaboración. Creo que en este terreno de cooperación militar, prevista en los Acuerdos, todo marcha conforme al plan, y el año 1957 verá, con la ayuda de Dios, terminar ese programa con la entrada en servicio de las cuatro bases fundamentales hispanoamericanas. En el orden económico, esta cooperación se ha dejado sentir con la Ley de Ayuda Exterior aplicada a nuestro país durante varios años consecutivos, por un importe total de 280 mi-

llones de dólares, incluyendo el año fiscal presente. Esta cifra no es muy considerable, si nos atenemos a las que se concedieron en la época de la posguerra mundial a otros países europeos acaso menos necesitados que el nuestro; pero, no obstante, su impacto ha sido fecundo y beneficioso para nuestra economía, y esperamos confiadamente que la comprensión del Gobierno y del Congreso de los Estados Unidos siga ayudando a España a realzar con firme propósito su economía, estructurándola cada día sobre bases más sólidas que permitan lograr nuestro gran objetivo nacional, que es, a un tiempo, el mejoramiento de la producción global de España y una más justa redistribución de la renta nacional entre las distintas clases sociales, factor que decisivamente ha de influir en la estabilidad política futura de nuestro país, cuando las nuevas generaciones empiecen a irrumpir en nuestra vida pública.

En España existe un ambiente sinceramente amistoso hacia los Estados Unidos, estoy por decir, el más amistoso de todos los pueblos de la Europa Occidental. Cualquier americano, sin prejuicio, que haya visitado a España, y este año lo han hecho cerca de trescientos mil, podrá confirmaros esta afirmación mía. No es solamente el Gobierno, sino el pueblo, el que acoge a los ciudadanos americanos que visitan a nuestro país como amigos muy queridos, para cuyas formas de vida tiene, además, el español profunda simpatía y admiración. Es éste un aspecto de nuestras relaciones públicas que, a mi juicio, convendría llevar a su máximo. Abrigo la esperanza de que no ya centenares, sino millares de españoles, especialmente de las clases técnicas y productoras, puedan visitar en viajes individuales o colectivos a los Estados Unidos de América, para conocer de cerca todos los aspectos diferentes de su desbordante vitalidad y analizar las raíces del secreto de la prosperidad americana. A mi vez, deseo también que las puertas de España, abiertas como están de par en par, reciban cada año el impacto cada día más numeroso de los cen-

tenares de miles de visitantes que gozan con nuestras costumbres, nuestros paisajes y nuestras ciudades, aunque a veces discrepen de nuestras corridas de toros.

Y termino, señores, con estas palabras del Día del Descubrimiento, pidiendo a Dios Todopoderoso que bendiga el Continente entero de las Américas, descubierto por Colón bajo la bandera de España, y lo haga juntamente con nuestra Patria, el más firme baluarte de la libertad cristiana en el mundo.

D I S C U R S O

PRONUNCIADO POR EL EXCMO. SR. JOHN DAVIS LODGE,
EMBAJADOR DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMERICA, EN
LA CASA DE COLON

Las Palmas, 12 de octubre de 1956.

HA constituido un verdadero placer para mí volver a esta encantadora y progresiva ciudad de Las Palmas y renovar las amistades que hice en ella el año pasado. Estoy especialmente satisfecho de haber sido invitado a participar oficialmente con ustedes en la celebración del Día de la Hispanidad, o Día de Colón, como nosotros lo llamamos en los Estados Unidos.

Cristóbal Colón es una figura justamente reverenciada en mi país, y yo estimo como un gran honor el representar a mi Gobierno en este acto académico y poder tributar mi humilde homenaje al descubridor del Nuevo Mundo.

Porque aunque la historia de Colón y de sus descubrimientos es ya antigua y bien conocida, nunca está de más, especialmente en este notable aniversario, que nos detengamos a repasar las lecciones que la vida del Gran Almirante nos ha enseñado y nos puede continuar enseñando.

Este no es solamente un día de conmemoración, sino también de nueva dedicación. Por consiguiente, remontémonos más de cuatro siglos y medio hasta los días de la historia de Colón. Como dice mi distinguido amigo el historiador americano Samuel Eliot Morison, Colón fué un hombre que influyó más en el curso de la Historia que cualquier otra persona desde los tiempos de César Augusto.

Debió de ser una noche de inquietud y expectación la que transcurrió a bordo de las tres carabelas de Colón al pasarse del 11 al 12 de octubre de 1492. Se tuvo la primera visión del Nuevo Mundo bien anochecido, y consistió en unas luces que se movían en la orilla y en la sombra vaga de una isla. Los ansiosos navegantes habían visto maderos a la deriva y al cogerlos habían comprobado que llevaban las señales de cortes de hachas primitivas. La tierra no debía de estar lejos.

Poco antes del amanecer del día 12 disparó un cañonazo la *Pinta*, señal de que se había divisado tierra. Podemos imaginarnos la excitación de aquellos valientes marineros españoles al agolparse en la borda de sus pequeñas embarcaciones y contemplar la línea verde de los árboles, cada vez más cercana.

Colón se revistió de sus mejores atavíos, se puso sus insignias de Almirante y Virrey y se embozó en una capa morada. Cogió la bandera, en la que había bordada una cruz y sobre ella las iniciales entrelazadas de los Reyes Católicos, y entró en un bote, que le llevó a la orilla, seguido de los valientes hermanos Pinzón. Y allí, en la orilla de aquella isla tropical, tomó posesión del Nuevo Mundo en nombre de sus Reyes y bautizó la isla con el nombre de San Salvador.

De esta manera, con una consagración al Todopoderoso, culminó el más grandioso viaje de toda la Historia, y conviene repasar hoy las enseñanzas que se desprenden del mismo.

Colón nos enseñó a tener fe en Dios y en nuestros sueños y a tener imaginación, valentía y la voluntad de vencer lo que se presenta como imposible. Al ensanchar las fronteras geográficas, nos enseñó que no hay fronteras para el espíritu humano. Su ánimo aventurero y valiente no sólo nos ha estimulado a reverenciar las tradiciones del pasado, sino también a tomar medidas decisivas para aten-

der a las necesidades de nuestra generación. Esas virtudes son especialmente comunes en España y en las Américas, unidas por lazos de cultura que tendieron sobre el Atlántico primero Colón y luego los innumerables navegantes, misioneros y exploradores españoles que siguieron su estela.

Les hablo hoy a ustedes como representante de una de las veintidós naciones que han surgido en las tierras abiertas por Colón a los habitantes del Viejo Mundo. Aunque nosotros, los americanos, hablamos diferentes lenguas y tenemos distintas culturas nacionales, nos es común el legado de Colón, que nos da la voluntad necesaria para cumplir las obligaciones del presente y la fe para hacer frente a las dificultades del porvenir. La solidaridad de las Américas y su indisoluble unión a España constituyen una de las grandes reservas de energía del Occidente frente a las fuerzas del imperialismo comunista.

Históricamente, estas bellas Islas Canarias han sido siempre un puente entre España y las Américas. Colón y los audaces exploradores que le siguieron vinieron aquí a reparar sus naves, surtirse nuevamente de víveres y recobrar fuerzas antes de comenzar sus exploraciones. Estas fueron las últimas tierras vistas por las tripulaciones de Colón antes de descubrir el Nuevo Mundo. Fué en esta misma ciudad, la última escala crucial antes de adentrarse en lo desconocido, donde Colón se detuvo para reparar la *Pinta*. Este hecho simboliza la importancia de Las Palmas en la historia de la familia americana de naciones. Desde aquel histórico acontecimiento, las Islas Canarias han fortalecido sus lazos con el Nuevo Mundo mediante el comercio y la emigración.

Quiero aprovechar esta ocasión y esta evocadora ceremonia en este histórico edificio para anunciar algo que creo pondrá de relieve la importancia que estas islas tienen para los Estados Unidos. Como saben ustedes, hace varios años nuestro Gobierno cerró, por razo-

nes de economía, el Consulado norteamericano en estas islas. Desde entonces, el archipiélago canario ha pertenecido a la jurisdicción del Consulado General de Sevilla. Hoy tengo la satisfacción de anunciar que vamos a abrir nuevamente servicios consulares y directos y que Mr. Edward Orlandini ha sido nombrado Agente Consular nuestro en las Islas Canarias. Mr. Orlandini es un buen americano, a quien tengo el gusto de conocer desde hace muchos años. Creo que le agradará vivir aquí, entre gente tan simpática como la de estas islas, y estoy seguro de que a ustedes les resultarán gratos tanto él como su esposa. Mr. Orlandini se encuentra conmigo aquí y ahora me gustaría presentárselo a ustedes.

Si ustedes permiten que añada una nota personal, les diré que Mr. Orlandini, lo mismo que yo, es graduado de la Universidad de Harvard. Menciono esto porque creo que es bien sabido que Harvard es probablemente uno de los más antiguos y acendrados centros de hispanismo en los Estados Unidos. Uno de los primeros biógrafos de Colón, William H. Prescott, fué graduado de Harvard, y en el profesorado de esta Universidad podemos citar a los siguientes grandes hispanistas: George Ticknor, Henry Wadsworth Longfellow, James Russell Lowell y, por supuesto, el profesor Morison, que mencioné antes.

La reverencia que nos inspira Colón a los norteamericanos se manifiesta por doquiera. Hoy es fiesta legal en la mayoría de los Estados de nuestra Unión. La primera celebración del Día de Colón de que tenemos noticia se remonta al año 1792, y la primera gran exposición internacional para enaltecer a Colón se celebró en Chicago en 1893. De hecho, el nombre Columbia —derivado de la versión inglesa de su nombre— se usa frecuentemente como sinónimo del de los Estados Unidos. La capital de nuestra nación está en el Distrito de Columbia y hay en mi Patria 37 ciudades, nueve condados y dos montañas que llevan el nombre de Columbia o de Columbus.

Colón llevó la semilla de la civilización occidental a las Américas, por lo cual le estamos agradecidos. Ojalá su indomable espíritu siga sirviéndonos de estímulo a los pertenecientes a esta generación, para que los españoles y los norteamericanos por igual podamos continuar fortaleciendo nuestras relaciones en pro de la paz y del progreso.

I N D I C E

INDICE

	<u>Páginas</u>
PROLOGO	5
12 DE OCTUBRE DE 1956	
Discurso pronunciado por el Excmo. Sr. D. Alfredo Sánchez Bella, Director del Instituto de Cultura Hispánica	15
Discurso pronunciado por el Excmo. Sr. D. Clovis Salgado, Mi- nistro de Educación del Brasil	25
Discurso pronunciado por el Excmo. Sr. D. José Loreto Aris- mendi, Ministro de Relaciones Exteriores de Venezuela	33
Discurso pronunciado por el Excmo. Sr. D. Alberto Martín Ar- tajo, Ministro de Asuntos Exteriores de España	45
Discurso pronunciado por el Embajador de España, D. José María de Areilza, ante el Spanish-American Board of Trade.— 11 de octubre de 1956.—Hotel Plaza, Nueva York	57
Discurso pronunciado por el Excmo. Sr. John Davis Lodge, Em- bajador de los Estados Unidos de América, en la Casa de Colón.—Las Palmas, 12 de octubre de 1956	65